

**CUENTO N° 132**

**TÍTULO: EL TREN DE LOS CURADOS**

**SEUDÓNIMO: VICUÑA DEL NORTE**

**AUTORA: LUCÍA DEL CARMEN MARÍN NAVARRO**

## EL TREN DE LOS CURADOS

Cristina corrió por el andén y a duras penas alcanzó a subir al carro del tren, ayudada por el Inspector. El convoy se puso en marcha de inmediato.

No iban muchos pasajeros, por lo que pudo elegir un asiento y luego acomodar su maleta en el portaequipaje.

Sabía que era el último tren, viajaba toda la noche y llegaba a Santiago a las 8 de la mañana. Demoraba tanto porque se detenía en muchas estaciones; en cambio, el expreso solo se detenía en las ciudades más importantes del recorrido.

También lo llamaban “el tren de los curados” porque, esperando su salida, algunos viajeros hacían hora en los bares de las cercanías, llegando bastante achispados al momento de embarcarse.

Pero a ella le convenía, ya que podría disponer de todo el día siguiente para realizar sus actividades, y de la estación se iría directo a la oficina.

Se acomodó, apoyó la cabeza en el respaldo, se cubrió las piernas con un chal, cerró los ojos y se dispuso a descansar, meditando sobre los acontecimientos ocurridos en el último tiempo y lo inoportuno que había sido resfriarse tanto el día anterior, cuando fue con su hermano a la laguna San Pedro, el agua estaba muy helada.

El nacimiento de su sobrino había sido el motivo de su larga estadía en Concepción.

Pero ya no podía retardar más su regreso. En la oficina la reclamaban. Habían sido tres semanas que, aunque las había cargado a sus vacaciones, eran mucho tiempo. El trabajo se acumulaba y los juicios no se detenían.

Afiebrada, producto de la gripe, observó a los demás viajeros, pudiendo constatar que ninguno estaba “curado”, solo eran familias con niños, un bullicioso grupo de jóvenes, una señora de edad que viajaba sola, algunos hombres que parecían campesinos adinerados.

De todos, le llamó la atención el señor que estaba sentado en la corrida de al lado, en sentido contrario a la dirección del tren. Delgado en extremo, vestido con un terno gris deslavado, que le quedaba grande, nariz aguileña, pómulos salientes. Su rostro no era grato.

Lo que más la impresionó fueron sus ojos: negros, inquietos, hundidos dentro de sus órbitas, desde donde creyó percibir una chispa de maldad. Aunque se sentía algo adormilada, tuvo la sensación de que aquel hombre la observaba.

De súbito despertó con un frenazo. Habían llegado a San Rosendo, donde se realizaría el habitual acoplamiento al tren que venía desde Puerto Montt.

Al cabo de un rato, pasó un señor que ofrecía el servicio de comidas. Ordenó un consomé con huevo, “Muy caliente, por favor”, le pidió, pensando que le ayudaría en su estado gripal, aunque no sentía frío, porque el carro estaba temperado. Era la ventaja de viajar en primera clase.

Los jóvenes cantaban, los niños empezaban a dormirse, la señora de edad parecía rezar. Y nuevamente sorprendió al señor delgado mirándola de reojo. Eso la inquietó.

Entre sueños, tuvo la relajante visión de su sobrino recién nacido. Bonito, en su cabecita una fina pelusa casi blanca, ojos grises, reclamando a gritos la papa. Y su querido hermano, tan feliz con el retoño.

La cuñada, también estaba contenta porque ella había podido estar a su lado. La compañía femenina siempre es buena en estos casos, le dijo, y ella no tenía hermanas.

Volvió a sentir entre sus brazos el cuerpecito de la criatura, tibio, oliendo a leche rancia. ¿Alguna vez ella tendría un hijo? Por el momento, dudoso. Después de un año de estar saliendo con Cristóbal, habían terminado la relación. Ahora estaba sola.

Despertó con el llamado: “Próxima estación, Chillán”. Y el cortero se alejó dejando una estela de olores a carbón y creolina, que penetraron en su memoria.

Inquieta, miró a su alrededor, todo estaba tranquilo. Menos el señor delgado. Sus ojos fijos en ella. La sensación de temor volvió a penetrar en su conciencia.

Retornó el silencio. Se sentía más y más enferma. Por momentos perdía el conocimiento. ¿Qué era real? ¿Qué era delirio?

El carro permanecía a media luz. Los pasajeros dormían, y cada vez que Cecilia abría los ojos, el señor delgado la estaba observando; y, en ella, el temor regresaba.

La despertó un susurro que le ofrecía una taza de té caliente, la que luego pusieron sobre la mesita plegable. Lejana, se escuchó decir: “Gracias, me la serviré enseguida”.

Tomó un sorbo. Se reclinó en el asiento y sus afiebrados sentidos la abandonaron.

Una bruma la envolvió y, navegando en ella, se alejó de la realidad.

De pronto, experimentó un sobresalto; un extraño ruido la sacó de su inconsciencia.

No pudo abrir los ojos.

Fierros crujiendo, rechinando en su mente.

¿Y ese golpe? El tren se estremeció.

Una voz de hombre gritó: “No se preocupen, todo está bien”.

Luces, gente corriendo. Maletas cayendo. Le dolía la cabeza.

En su espalda sintió el frío y ese fuerte olor a desinfectante provenientes del piso del vagón.

Manos frías, sudorosas, sujetaban su garganta, abrían su blusa.

¡Le quitaban la ropa!

El hombre delgado sobre ella. No podía respirar. Sus gritos se ahogaban en la garganta.

Desde la memoria llegaron hasta su olfato esos confusos olores, fuertes a humo, a hombre sucio, transpirado.

Los ojos del hombre delgado se hicieron enormes sobre los suyos; se revolvían en sus órbitas como frejoles solitarios en una sopa. El pánico se apoderó de Cecilia. No podía moverse.

Estaba sujeta, amarrada, colapsada por un peso que le aplastaba el pecho.

Y el tiempo infinito, suspendido en un espacio oscuro. Le costaba respirar.

Una voz resonó a lo lejos: “¿Ya terminó usted, señor? Retírese ya, que ahora es mi turno. Hay que aprovechar ahora que pareciera que perdió el conocimiento”.

El rostro del señor delgado se alejó de sus ojos.

—Sí, comprendo, yo ya terminé. Me costó, pero lo logré; hemos vuelto a respirar— comentó una boca pegada a su rostro.

—Ahora es su turno. Trate de no hacerle mucho daño. Hay que saberlo hacer. Le puede quebrar una costilla.

—Parece que la señora volvió en sí y que solo fue un colapso. Está ardiendo en fiebre. Llamaré a los paramédicos. Ya llegaron los carabineros. Fue un animal en la línea. No lo pudieron salvar, pero hizo mucho daño y se descarrilaron los últimos carros de tercera. El resto del tren no sufrió daños. Y los pasajeros están bien, como que nadie se dio cuenta. Solo fueron sustos. Es mejor que usted se vaya. Tendré que dar explicaciones por el estado en que se encuentra la señora. Espero que se recupere y que olvide todos estos episodios. Por su bien y el de nosotros.

El retrasado convoy arribó a la Estación Central llenándola de humo y arrojando pequeñas brasas relucientes por su chimenea.

La voz del inspector despertó a Cristina.

—Señora, despierte, hemos llegado.

Sobresaltada, ella le preguntó: “¿Qué? ¿A dónde llegamos? Estoy muy perdida.

—No se preocupe, ya estamos en la Estación Central, en Santiago.

Y se retiró, con una expresión de duda en su rostro, mientras Cristina hacía algunos estiramientos en su asiento, para luego dirigirse al cuarto de baño.

El inspector bajó del carro y fue a enfrentarse con el Jefe de Estación, quien le preguntó:

—¿Cómo estuvo el viaje?

—Bueno, usted sabe lo del animal en la línea, a la altura de Paine, pero fuera de eso, todo normal. ¡Por la gracia de Dios!

—¡Lo felicito, Cortés! ¡Y no venía ningún curado! ¿Ve? Todo bien.

Entretanto, Cristina salió del cuarto de baño, donde se había ordenado un poco la ropa y el peinado, cuando alcanzó a ver por la ventanilla el rostro extasiado de Cristóbal, quien le hacía señas desde el andén.

Ella lo miró con agrado y pensó que era muy bueno que él la hubiera ido a buscar. Hacía tanto tiempo que no se veían. Pero ahora todo sería distinto y lo necesitaba.

Sintió que algo había cambiado en ella.

—¡Hasta es posible que algún día tengamos un hijo!

////////////////////////////////////